

Llamadas  
desde el teléfono  
*del cielo*

**Mitch Albom**

**Por el autor de**  
*Martes con mi viejo profesor*

*Traducción:* JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

*Para Debbie, una virtuosa del teléfono  
cuya voz echamos en falta cada día*

## La semana en que ocurrió

**E**l día en que el mundo recibió su primera llamada telefónica del cielo, Tess Rafferty estaba abriendo una caja de bolsitas de té.

*¡Drrrrnnn!*

Clavó las uñas en el plástico e ignoró la llamada.

*¡Drrrrnnn!*

Hincó el índice en el lateral, en la parte abombada.

*¡Drrrrnnn!*

Por fin logró agujerear el plástico. Retiró el envoltorio y lo arrugó en la palma de la mano. Sabía que el contestador estaba a punto de saltar, si no descolgaba antes del siguiente...

*Drrrrnnn...*

–¿Diga?

Demasiado tarde.

–Este trasto... –murmuró.

Oyó un clic en la encimera de la cocina y el mensaje con su voz: «Hola, soy Tess. Deja tu nombre y tu teléfono. Te contestaré en cuanto pueda. Gracias».

Al pitido le siguió un ruido de fondo. Y después otra cosa.

«Soy mamá. Tengo que contarte algo.»

Tess dejó de respirar. Sus manos soltaron el auricular. Su madre llevaba cuatro años muerta.



*¡Drrrrnnn!*

La segunda llamada casi se perdió en el calor de un debate en la comisaría. Una secretaria había ganado veintiocho mil dólares jugando a la lotería. Tres agentes discutían sobre qué harían ellos en el lugar de la afortunada.

–Pagar las facturas.

–Eso es lo que no hay que hacer.

–Un yate.

–Pagar las facturas.

–Yo no.

–¡Un yate!

*¡Drrrrnnn!*

Jack Sellers, el comisario jefe, se retiró hacia su pequeño despacho.

–Pagar las facturas solo sirve para tener más –dijo.

Acercó la mano al teléfono mientras sus compañeros seguían discutiendo.

–Policía de Coldwater. Aquí Sellers.

Ruido de fondo. Después una voz de hombre joven.

«¿Papá...? Soy Robbie.»

De pronto Jack no oía a nadie más.

–¿Se puede saber con quién hablo?

«Soy feliz, papá. Por mí no te preocupes, ¿vale?»

Sintió un nudo en el estómago. Pensó en la última vez que había visto a su hijo, recién afeitado y con corte de pelo militar, cruzando el control de seguridad del aeropuerto rumbo a su tercera misión.

Tercera y última.

–No puedes ser tú –susurró.



*¡Rinnng!*

El pastor Warren se limpió la barbilla de saliva. Había echado una cabezada en su sofá de la iglesia baptista Cosecha de Esperanza.

*¡Rinnng!*

–Ya va.

Hizo el esfuerzo de levantarse. La iglesia había instalado un timbre a la entrada del despacho, porque a sus ochenta y dos años ya no oía muy bien.

*¡Rinnng!*

–Pastor, soy Katherine Yellin. ¡Dese prisa, por favor!

Warren se acercó renqueando y abrió la puerta.

–Hola, Ka...

Pero Katherine ya estaba dentro, con el abrigo abotonado de cualquier manera y la melena pelirroja despeinada, como si hubiera salido corriendo de su casa. Se sentó en el sofá. Después se levantó, nerviosa, y se volvió a sentar.

–No piense que estoy loca, por favor.

–No, querida.

–Me ha llamado Diane.

–¿Quién dices que te ha llamado?

–Diane.

Warren empezó a sentir dolor de cabeza.

–¿Te ha llamado tu difunta hermana?

–Esta mañana. Me he puesto al teléfono y...

Katherine se echó a llorar, aferrada a su bolso. Warren pensó en pedir ayuda a alguien.

–Me ha dicho que no me preocupe –dijo Katherine, ronca–. Ha dicho que estaba en paz.

–¿Era un sueño, entonces?

–¡No, no! ¡No era ningún sueño! ¡He hablado con mi hermana!

Las lágrimas caían tan deprisa de sus mejillas que no le daba tiempo a secarlas.

–De ese tema ya habíamos hablado, querida...

–Ya lo sé, pero es que...

–La echas de menos.

–Sí...

–Y estás angustiada.

–¡No, pastor! Me ha dicho que está en el cielo. ¿No lo entiende?

Sonrió con una sonrisa beatífica, que Warren nunca había visto en su cara.

–Ahora ya no me da miedo nada –dijo.



*Drrrrnnnnnn.*

Tras el sonido del timbre de seguridad se deslizó por un raíl una pesada puerta carcelaria. Un hombre alto, ancho de hombros, cuyo nombre era Sullivan Harding, la cruzó despacio, marcando cada paso, inclinando la cabeza. Su corazón latía muy deprisa, no por la emoción de quedar libre, sino por el miedo de que alguien lo arrastrase hacia dentro.

Adelante. Adelante. No apartaba la vista de las puntas de sus zapatos. Solo levantó la cabeza al oír un ruido por la grava. Eran pisadas rápidas.

Jules.

Su hijo.

Sintió en las piernas dos pequeños brazos, y sintió que sus manos se hundían en el pelo frondoso y rizado del pequeño. Vio a sus padres –su madre con una cazadora azul marino, su padre con un traje marrón claro–, cuyos rostros se descompusieron al fundirse en un abrazo colectivo. Era un día frío y gris. La calle estaba mojada por la lluvia. Solo faltaba su mujer, pero a pesar de su ausencia física estaba presente.

Sullivan habría querido decir algo profundo. Sin embargo, lo único que salió de entre sus labios fue un susurro.

–Vámonos.

Al cabo de un momento su coche desapareció por la carretera.

Era el día en que el mundo recibió la primera llamada telefónica del cielo.

Lo que sucedió a continuación depende de cuánta fe tengas.

## La segunda semana

Caía una llovizna fría, vaporosa, como tantos septiem-  
bres en Coldwater, una pequeña población ubicada cerca  
de la frontera con Canadá, a pocos kilómetros del lago  
Michigan.

Sullivan Harding iba a pie a pesar del frío. Podría haber tomado prestado el coche de su padre, pero después de diez meses de reclusión prefería el aire libre. Con su gorro de esquiador y su vieja chaqueta de pana, pasó junto al instituto donde había estudiado veinte años antes, dejó atrás el depósito de madera que había cerrado aquel invierno, la tienda de artículos de pesca, con sus barcas de remo de alquiler amontonadas como conchas de almeja, y la gasolinera, donde un dependiente, apoyado en la pared, se miraba las uñas. Mi pueblo, pensó.

Al llegar a su destino se limpió las botas en una estera de paja donde ponía DAVIDSON & HIJOS. Al ver que encima de la puerta había una pequeña cámara, se quitó el gorro, se atusó el pelo, recio y castaño, y miró el objetivo. Después de un minuto sin novedad, entró.

Dentro de la funeraria hacía un calor casi asfixiante. Las paredes eran de roble oscuro. Había una mesa sin sillas, con un libro de firmas abierto.



–¿Puedo ayudarle?

Era el director, un hombre alto, de huesos finos, piel clara, cejas pobladas y cabello fino y pajizo. Tenía las manos juntas, y aparentaba algo menos de setenta años.

–Soy Horace Belfin –se presentó.

–Sully Harding.

–Ah, sí.

Ah, sí, pensó Sully, el que se perdió el entierro de su mujer porque estaba en la cárcel. Ahora lo hacía mucho: acababa las frases a medias con la convicción de que lo que no dice la gente resuena más que lo que dice.

–Giselle era mi esposa.

–Lo acompañó en el sentimiento.

–Gracias.

–Fue una ceremonia muy bonita. Supongo que se lo habrá contado la familia.

–La familia soy yo.

–Claro.

Se quedaron en silencio.

–¿Sus restos? –preguntó Sully.

–En nuestro columbario. Voy a por la llave.

Se fue a su despacho. Sully alcanzó un prospecto de una mesa y lo abrió por un párrafo sobre la cremación.

Los restos incinerados se pueden dispersar en el mar, ponerse en un globo de helio, lanzarse desde un avión...

Lo dejó caer sobre la mesa. «Lanzarse desde un avión.»  
Ni siquiera Dios podía ser tan cruel.



Veinte minutos después Sully salió del edificio con las cenizas de su esposa dentro de una urna en forma de ángel. Intentó llevarla con una sola mano, pero lo consideró demasiado informal. Intentó sujetarla entre las palmas, pero parecía una ofrenda. Al final se la puso contra el pecho con los brazos cruzados, como llevan los niños la cartera con los libros, y caminó un kilómetro por las calles de Coldwater, pisando charcos. Al llegar a la oficina de correos se sentó en un banco y dejó la urna a su lado, cuidadosamente.

Ya no llovía. Sonaron a lo lejos las campanas de una iglesia. Cerró los ojos y se imaginó a Giselle acurrucada contra él, con sus ojos verde mar, su pelo negro regaliz, su cuerpo menudo y sus hombros estrechos, que al apoyarse en el cuerpo de Sully parecían susurrar: Protégeme.

Al final no lo había hecho. Protegerla. Eso ya no cambiaría nunca. Estuvo mucho tiempo sentado en el banco: hombre caído, ángel de porcelana, como si esperaran los dos un autobús.



Las noticias de la vida llegan por teléfono. El nacimiento de un bebé, el compromiso de una pareja, un trágico accidente de coche a altas horas de la madrugada... El anuncio de la mayoría de los hitos del periplo humano, buenos o malos, lo precede el sonido de un timbre.

Tess estaba sentada en el suelo de la cocina, esperando oírlo de nuevo. Desde hacía dos semanas su teléfono le daba la noticia más asombrosa imaginable: su madre existía en algún sitio, de algún modo. Reprodujo mentalmente, por enésima vez, su última conversación.

–Tess... No llores, cariño.

—No puedes ser tú.

—Aquí estoy, sana y salva.

Era lo que siempre decía su madre cuando estaba fuera de casa y llamaba desde algún hotel o un balneario, o durante una simple visita a unos parientes que vivían a media hora de camino: «Aquí estoy, sana y salva».

—No puede ser.

—Todo puede ser. Estoy con el Señor. Quiero hablarte de...

—¿De qué, mamá? ¿De qué?

—Del cielo.

La llamada se cortó. Tess contempló el teléfono como si sostuviera un hueso humano. Era completamente ilógico, ya lo sabía. La voz de una madre, sin embargo, no se parece a ninguna otra; reconocemos todas sus cadencias, sus susurros, sus inflexiones o sus gritos. No cabía duda. Era ella.

Levantó las rodillas hasta el pecho. No había salido de su casa desde que recibió la primera llamada. Solo comía galletas saladas, cereales, huevos duros o lo que hubiera en la despensa. No había ido a trabajar ni a hacer la compra. Ni siquiera había sacado el correo del buzón.

Se pasó una mano por su larga melena rubia sin lavar. ¿Recluida a causa de un milagro? ¿Qué diría la gente? Le daba igual. Unas cuantas palabras desde el cielo habían despojado de cualquier importancia las palabras de la tierra.



Jack Sellers estaba en su mesa del edificio de ladrillo rojo reconvertido en cuartel general de la Policía de Coldwater. Sus colegas pensaban que estaba mecanografiando informes, pero también él esperaba el sonido de un timbre.

Había sido la semana más extraña de su vida. Dos llamadas de su hijo muerto. Dos conversaciones que no había previsto mantener nunca más. Aún no se lo había dicho a su exmujer, Doreen, la madre de Robbie, que estaba hundida en una depresión y se echaba a llorar solo con oír su nombre. ¿Qué podía decirle? ¿Que su hijo, muerto en combate, estaba vivo en algún sitio? ¿Que la puerta del cielo estaba en la mesa de Jack? ¿Y después qué?

Tampoco él sabía cómo interpretarlo. Lo único que sabía era que cada vez que sonaba el teléfono lo descolgaba con la rapidez de un pistolero.

La segunda llamada había sido un viernes por la tarde, como la primera. Las mismas interferencias y el mismo ruido etéreo que aumentaba y disminuía de volumen.

–Soy yo, papá.

–Robbie...

–Estoy bien, papá. Aquí no hay días malos.

–¿Dónde estás?

–Ya lo sabes. Papá, esto es alucinante.

Un clic.

–¿Hola? ¡¡Hola!! –exclamó Jack.

Cerró la puerta al darse cuenta de que lo miraban. Un minuto después volvió a sonar el teléfono. Miró la identificación. Ponía DESCONOCIDO, como las otras veces.

–¿Diga? –susurró.

–Dile a mamá que no llore... Si supiéramos lo que hay después, nunca nos habríamos preocupado.



Cuando has tenido una hermana nunca dejas de tenerla, aunque ya no puedas verla ni tocarla.

Katherine Yellin se estiró en la cama, cubriendo la almohada con su melena pelirroja. Cruzó los brazos y estrujó el teléfono plegable de color salmón que había sido de Diane. Era un Samsung y llevaba una pegatina en la parte de atrás: la imagen de un zapato de tacón, símbolo de la afición de Diane a la moda.

«Es mejor de lo que habíamos soñado, Kath.»

Lo había dicho en su segunda llamada, que al igual que la primera –y que todas las extrañas llamadas a Coldwater– se había producido un viernes. «Mejor de lo que habíamos soñado.» De toda la frase, la palabra que más le gustaba a Katherine era «habíamos».

Las hermanas Yellin tenían una relación muy especial, como dos niñas que escalaran juntas, en la misma cordada, por la vida de provincias. Diane, dos años mayor, había acompañado a Katherine todos los días al colegio, la había precedido en las Brownies y las Girl Scouts, se había quitado los aparatos de los dientes justo cuando se los ponían a Katherine y en las fiestas del instituto se había negado a salir a la pista hasta que Katherine también tuviera con quien bailar. Las dos hermanas tenían las piernas largas y los hombros fuertes, y en verano eran capaces de recorrer dos kilómetros a nado por el lago. Ambas fueron al colegio mayor de la zona. Habían llorado juntas la muerte de sus padres. En la boda de Diane la dama de honor había sido Katherine, y tres junios más tarde se habían invertido los papeles. Ambas tenían dos hijos: niñas en el caso de Diane y niños en el de Katherine. Sus casas las separaba un kilómetro y medio de distancia. Hasta sus divorcios se habían producido en el transcurso de un solo año.

Solo habían divergido en una cosa: la salud. Diane sufría migrañas, arritmias, problemas de tensión y un aneurisma

que se la llevó a la temprana edad, demasiado temprana, de cuarenta y seis años. A Katherine la describían a menudo como alguien que «no ha estado ni un día enferma en toda su vida».

Esa diferencia la había hecho sentirse culpable varios años, pero ahora lo entendía: a Diane, la dulce y frágil Diane, la habían llamado por algo. La había elegido el Señor para demostrar que a los fieles los espera la eternidad.

«Es mejor de lo que habíamos soñado, Kath.»

Katherine sonrió. «Habíamos». A través del teléfono salmón que apretaba contra el pecho había redescubierto a la hermana a quien nunca podía perder.

Y no se lo callaría.

## La tercera semana

**H**ay que volver a empezar. Eso dicen. Pero la vida no es un juego de mesa, y perder a un ser querido nunca es realmente «volver a empezar». Se parece más a «seguir sin».

La mujer de Sully estaba muerta. Había fallecido después de un largo coma. Según el hospital se había apagado durante una tormenta eléctrica, el primer día de verano. Entonces Sully aún estaba en la cárcel. Le faltaban nueve semanas para salir. Cuando se enteró, perdió la sensibilidad en todo el cuerpo. Fue como recibir la noticia de la destrucción de la Tierra desde la Luna.

Ahora pensaba constantemente en Giselle, aunque cada pensamiento trajera consigo la sombra de su último día juntos, el choque, el incendio y cómo había cambiado todo su mundo en un solo y desgraciado instante. Daba igual. Se envolvía en el triste recuerdo de Giselle porque era lo más parecido a tenerla cerca. Puso la urna en forma de ángel en una estantería, al lado de un sofá donde dormía Jules, a quien le faltaban dos meses para cumplir siete años.

Se sentó y se hundió en el sillón. Todavía se estaba acostumbrando a la libertad. Después de diez meses en la

cárcel lo lógico sería que un hombre gozase de ser libre, pero el cuerpo y la mente se acostumbran a todo, hasta a lo peor, y aún había momentos en que Sully se quedaba mirando las paredes con la apatía de los presos. Tenía que recordarse a sí mismo que podía levantarse y salir.

Echó mano a un cigarrillo y paseó la mirada por aquel piso barato y poco acogedor, un primero sin ascensor con calefacción de caldera. Al otro lado de la ventana había unos cuantos pinos y un barranco, que bajaba a un arroyo donde recordaba haber cazado ranas de pequeño.

Había vuelto a Coldwater porque sus padres se quedaron a cargo de Jules durante el juicio y la condena, y Sully no quería trastornar aún más la vida del pequeño. Además, ¿tenía algún otro sitio a donde ir? Había perdido el trabajo y la casa. Sus abogados lo habían dejado sin blanca. Vio como dos ardillas se perseguían por un árbol, y se engañó pensando que a Giselle quizá le hubiera gustado aquella casa, una vez que se hubiera acostumbrado a su ubicación, sus dimensiones, el polvo y los desconchados de la pintura.



Lo desconcentró un golpe en la puerta. Se asomó a la mirilla. Era Mark Ashton, con dos bolsas de la compra.

Mark y Sully habían sido compañeros de escuadra en la Marina. Habían volado juntos en aviones a reacción. Sully no lo veía desde la sentencia.

–Qué hay –dijo Mark cuando se abrió la puerta.

–¿Qué tal? –contestó Sully.

–Bonita casa... para un terrorista.

–¿Has venido de Detroit?

–Sí. ¿Me dejas entrar o no?



Se dieron un abrazo rápido y forzado. Mark siguió a Sully a la sala de estar, y al ver a Jules en el sofá bajó la voz.

–¿Está dormido?

–Sí.

–Le he traído unas Oreo. A todos los niños les gustan las Oreo, ¿no?

Mark dejó las bolsas en la cocina, entre cajas sin desembalar, y le llamó la atención un cenicero lleno de colillas, así como que el fregadero estuviera lleno de vasos, de chupito, no de agua.

–Bueno, pues nada...

Sin bolsas en las manos ya no tenía en qué ocuparse. Miró a Sully a la cara: Sully, su antiguo compañero de vuelo, cuyo aspecto juvenil y expresión cándida guardaban el recuerdo de la estrella de fútbol americano que había sido en el instituto. Ahora estaba más delgado y había envejecido, sobre todo en la zona de los ojos.

–¿Y aquí creciste, en este pueblo?

–Ahora ya sabes por qué me marché.

–¿Qué tal te va?

Sully se encogió de hombros.

–Oye, que... Fue horrible. Lo que le pasó a Giselle.

–Sí.

–Lo siento.

–Ya.

–Creía que te dejarían ir al entierro.

–En la Marina manda el reglamento.

–Estuvo bien la ceremonia.

–Eso me dijeron.

–En cuanto a lo demás...

Sully levantó la vista.

–A la porra –dijo Mark–. La gente ya lo sabe.

Saben que fuiste a la cárcel, pensó Sully, acabando la frase. Lo que no saben es si te lo merecías.

–Intenté ir a verte.

–No quería que me viera nadie.

–Para los colegas fue muy raro.

–Da igual.

–Sully...

–Cambiemos de tema, ¿vale? Yo ya he explicado qué pasó. Un millón de veces. Ellos se creyeron otra cosa. No hay más que decir.

Sully se miró fijamente las manos e hizo chocar los nudillos.

–¿Ahora qué piensas hacer? –preguntó Mark.

–¿En qué sentido?

–En el de trabajar.

–¿Por qué?

–Es que conozco a un tío de por aquí, un compañero de piso de la facultad, y lo he llamado.

Sully dejó de entrechocar sus nudillos.

–¿Lo has llamado antes de verme?

–Necesitarás dinero y él quizá tenga un trabajo.

–¿Haciendo qué?

–Ventas.

–No soy comercial.

–Es fácil. Solo tienes que encontrar clientes, cobrar cheques y quedarte con una comisión.

–¿En qué sector?

–Prensa.

Sully parpadeó.

–Es broma, ¿no?

Pensó en todos los periódicos que habían hablado sobre su «incidente»; en la rapidez con la que habían llegado a la conclusión más fácil y expeditiva, repitiendo las

noticias hasta devorar a Sully y pasar al siguiente titular. Desde entonces odiaba los medios. Nunca había vuelto a pagar por un periódico, ni volvería a hacerlo.

–Podrías quedarte aquí –propuso Mark.

Sully fue a lavar un vaso al fregadero. Le habría gustado estar solo, para poder llenarlo con lo que le apetecía.

–Dame el número y lo llamaré –dijo, sabiendo muy bien que no lo haría.



Cruzada de piernas en el suelo, sobre blandos cojines de color rojo, Tess miraba el césped por el ventanal: un césped alto, que no se había cortado en varias semanas. Era la casa donde había crecido. Recordaba las mañanas de verano, cuando se acurrucaba justo en aquel sitio y empezaba a quejarse mientras Ruth, su madre, repasaba papeles en la mesa de *bridge* sin levantar apenas la vista.

–Me aburro –decía Tess.

–Sal fuera, a ver qué tal –murmuraba Ruth.

–No tengo nada que hacer.

–Pues no hagas nada, pero fuera.

–Me gustaría tener una hermana.

–Lo siento, pero no puedo ayudarte.

–Podrías, si te casaras.

–Ya he estado casada.

–No tengo nada que hacer.

–Ponte a leer un libro.

–Ya los he leído todos.

–Pues reléelos.

Y seguían, y seguían... Era un tira y afloja verbal que se había repetido en distintas versiones a lo largo de la adolescencia, la universidad y la fase adulta, hasta llegar a los

últimos años de Ruth, cuando el Alzheimer le había robado las palabras y, en última instancia, el deseo de hablar. Los últimos meses los había pasado en un silencio pétreo, mirando a su hija fijamente con la cabeza ladeada, como miran los niños a las moscas.

Ahora, sin embargo, por alguna razón, hablaban de nuevo, como si la muerte hubiera sido un viaje en un avión en el que Tess creía que iba Ruth, antes de descubrir que lo había perdido. Hacía una hora que habían compartido otra inexplicable conversación telefónica.

–Soy yo, Tess.

–Dios mío, mamá... Aún no me lo puedo creer.

–Siempre te dije que encontraría la manera.

Tess sonrió entre lágrimas al acordarse de las bromas de su madre, devota de los alimentos naturales, acerca de que se aseguraría incluso después de muerta de que Tess se tomara los suplementos vitamínicos.

–Estabas tan enferma, mamá...

–Es que aquí no hay dolor.

–Sufriste tanto...

–Escúchame, cariño.

–Estoy aquí. Te escucho.

–En el fondo, los dolores que pasas en la vida no te afectan... No afectan a tu yo real. Eres mucho más ligera de lo que crees.

Por sí solas, las palabras ya aportaban a Tess una tranquilidad maravillosa. «Eres mucho más ligera de lo que crees.» Echó un vistazo a la foto que tenía en las manos, la última foto de ella con su madre, en la fiesta de su ochenta y tres cumpleaños. Se veían los estragos de la enfermedad: las mejillas demacradas, la expresión ausente, el jersey de color caramelo colgando de un cuerpo esquelético...

–Mamá, ¿cómo es posible? Tú no usas teléfono.  
–No.  
–¿Pues cómo hablas conmigo?  
–Ha pasado algo, Tess... Hay una abertura...  
–¿Una abertura?  
–De momento.  
–¿Cuánto durará?  
Una larga pausa.  
–¿Mamá? ¿Cuánto durará?  
–No durará.



Cada día, con sigilo, sucede algún milagro: en un quirófano, durante una tormenta en alta mar, en el arcén donde aparece de pronto un desconocido... Y rara vez se registran. Nadie lleva la cuenta.

Pero de vez en cuando se le aparece al mundo un milagro.

Y entonces cambian las cosas.

Tess Rafferty y Jack Sellers mantuvieron sus llamadas en secreto, pero no Katherine Yellin. «Proclamad la buena nueva a toda la creación.» Lo decían los Evangelios.

Por eso un domingo por la mañana, veintitrés días después de la primera llamada misteriosa a Coldwater, el pastor Warren compareció ante su grey de Cosecha de Esperanza y empezó a pasar las páginas de la Biblia sin saber que su santuario estaba a punto de cambiar para siempre.

–Leamos juntos a Mateo, capítulo once, versículo veintiocho –anunció parpadeando.

Veía las letras borrosas. Sus dedos temblaban a causa de la edad. Pensó en el salmo: *A la hora de mi vejez no me rechaces.*

–¡Perdonadme!

Se giraron. Warren miró por encima de sus gafas. En la quinta fila estaba Katherine, con un sombrero negro de ala ancha y un vestido azul lavanda. Tenía un papel en las manos.

–Lo siento, pastor, pero es que el espíritu del Señor me obliga a hablar.

Warren tragó saliva. Se lo veía venir.

–Siéntate, Katherine, por favor...

–Es importante, pastor.

–No es el momen...

–¡He sido testigo de un milagro!

Un sobresalto recorrió los bancos.

–Katherine, el Señor está con todos, pero decir que ha pasado un milagro...

–Fue hace tres semanas.

–... es algo muy serio...

–Estaba en la cocina, el viernes por la mañana.

–... que es mejor dejar en manos de los líderes de la Iglesia.

–Llamaron por teléfono...

–De verdad, insisto...

–¡... y era mi hermana muerta!

Más exclamaciones contenidas. Ahora todos prestaban atención a Katherine. Era tal el silencio que se podía oír el ruido del papel al desplegarse.

–Era Diane. Muchos de aquí la conocisteis. Murió hace dos años, pero su alma está viva en el cielo. ¡Me lo dijo ella!

Warren intentó no temblar. Había perdido el control del púlpito y, a su modo de ver, aquello era un pecado de extrema gravedad.

–La primera vez que hablamos fue ese viernes por la mañana –siguió leyendo Katherine en voz más alta,

mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Eran las 10.41. La segunda fue el otro viernes, a las 11.14, y la tercera este último a las 7.02 de la tarde. Dijo mi nombre... Dijo... «Kath, ha llegado el momento de contárselo a todos. Os espero. Todos os estamos esperando.»

Se giró hacia el fondo del santuario.

—Todos os estamos esperando.

Los fieles murmuraban. Warren, desde el púlpito, vio que se agitaban como si se hubiera levantado viento entre los bancos.

—¡Debo insistir! —Pam—. ¡Por favor! ¡Todos! —¡Pam, pam!—. Con el debido respeto a nuestra hermana, no podemos saber si es verdad...

—¡Lo es, pastor!

Del fondo de la iglesia salió una nueva voz. Era grave, áspera. Todas las cabezas se giraron para ver a un hombre alto y corpulento, con una americana marrón, que se había puesto en pie, apoyando sus grandes manos en el banco que tenía frente a él. Era Elias Rowe, un afroamericano que pertenecía desde hacía mucho tiempo a la parroquia, y que era dueño de una empresa de construcción. Nadie lo recordaba hablando en público. Hasta aquel momento.

Miró de un lado a otro, y sus siguientes palabras tuvieron un tono casi de veneración:

—Yo también he recibido una llamada.

## La cuarta semana

Nadie sabe con seguridad quién inventó el teléfono. Aunque en Estados Unidos la patente corresponda a Alexander Graham Bell, escocés de nacimiento, muchos creen que se la robó a un inventor americano que se llamaba Elisha Gray. Otros sostienen que el mérito debe recaer en un italiano de apellido Manzetti, o en un francés llamado Bourseul, o en un alemán llamado Reis, o en otro italiano, Meucci.

Lo que pocos discuten es que todos ellos, activos a mediados del siglo XIX, profundizaron en la idea de transmitir vibraciones vocales en el espacio. Sin embargo, la primera conversación telefónica, que hicieron desde habitaciones distintas Bell y Thomas Watson, contenía las siguientes palabras: «Ven aquí, que quiero verte».

Se trata de un concepto que nunca ha estado muy lejos de nuestros labios en las innumerables conversaciones telefónicas que se han mantenido desde entonces. «Ven aquí, que quiero verte.» Enamorados impacientes. Amigos separados por la distancia. Abuelos que hablan con sus nietos. La voz telefónica es una mera seducción, una migaja para el hambre. «Ven aquí, que quiero verte.»

Sully lo había dicho al hablar por última vez con Giselle.



A las seis de la mañana, en un hotel de Washington, le había despertado Blake Pearson, un alto oficial que tenía que volver a la costa Oeste en un avión F/A-18 Hornet. Pearson se encontraba mal y no se sentía con fuerzas de viajar. ¿Podía sustituirlo Sully? Si quería podía pasar por Ohio, ver unas horas a Giselle –que había ido con Jules a casa de sus padres– y reanudar el viaje. Sully había aceptado enseguida. Así partía sus dos semanas de servicio como reservista. Además, la visita familiar inesperada haría que valieran la pena tantas horas de viaje.

–¿Que vas a poder venir hoy? –había contestado Giselle, medio dormida, al recibir la noticia por teléfono.

–Sí, dentro de unas cuatro horas.

–¿Y te apetece? ¿De verdad?

–Pues claro. Quiero verte.

Si Sully hubiera sabido lo que ocurriría, lo habría cambiado todo. No habría ido en avión, ni habría hablado con Blake. Ni siquiera se habría despertado. Al final, su última conversación telefónica con Giselle había acabado como la primera del mundo.

–Yo también quiero verte –había respondido ella.



Sully pensó en ello al poner en marcha el Buick Regal de su padre, un coche que ya tenía nueve años y que estaba casi siempre en el garaje. Ese sería su último viaje en avión. La última vez que vería un aeropuerto. La última vez que oiría la voz de su mujer. «Ven aquí, que quiero verte.»

Salió del camino de la casa de sus padres y fue a la calle Lake, la principal del pueblo. Pasó por delante del banco, de la oficina de correos, de la panadería y del restaurante.

No había nadie en las aceras, a excepción de un tendero que estaba delante de su tienda con una escoba en la mano.

La población fija de Coldwater era de pocos miles de personas. Ya se habían ido los turistas que iban en verano a pescar en el lago. El puesto de natillas heladas estaba cerrado a cal y canto. La mayoría de los pueblos del norte de Michigan se recogían enseguida al llegar el otoño, como si se preparasen para hibernar.

Mal momento, pensó Sully, para buscar trabajo.



Amy Penn tenía la esperanza de que fuera un bombazo. Cuando la cadena de televisión le había preguntado si podía trabajar entre semana, se había felicitado internamente: política, o mejor, un juicio; cualquier cosa era buena con tal de salir del cenagal de las noticias de los fines de semana. A sus treinta y un años –aunque a decir de sus amigos no aparentaba más de veinticinco– ya no era novata en el sector, y si quería un trabajo más importante necesitaba noticias más importantes. Por desgracia, el condado de Alpena no brindaba muchas noticias importantes los fines de semana, reservados por lo general a los partidos de fútbol, las caminatas benéficas y una larga serie de festivales de la fruta.

–Podría ser mi oportunidad –le había comentado entusiasmada a Rick, su novio arquitecto.

Eso fue el jueves por la tarde. El viernes a media mañana, después de haberse levantado pronto, de elegir un traje chaqueta verde limón, ahuecar con el secador su flequillo escalado de color caoba y haberse puesto un poco de rímel y un mucho de pintalabios, se encontró en un despacho sin ventanas, oyendo la típica noticia de fin de semana.

–En Coldwater hay una mujer que dice que está hablando por teléfono con su hermana muerta –explicó Phil Boyd, el director de informativos de la cadena.

–¿Ah, sí? –dijo Amy.

¿Qué se podía contestar? Miró a Phil, un hombre robusto, de barba pelirroja e hirsuta, que le recordaba a un vikingo, y se preguntó si iba en serio; la noticia, no la barba, aunque de ella se habría podido preguntar lo mismo.

–¿Dónde queda Coldwater? –preguntó.

–A unos ciento cincuenta kilómetros al oeste.

–¿Cómo nos hemos enterado de que la llaman?

–Lo anunció en la iglesia.

–¿Y cómo reaccionó la gente?

–Es lo que te toca averiguar.

–O sea, que tengo que entrevistarla.

Phil arqueó una ceja.

–Sería un primer paso.

–¿Y si está loca?

–Tú trae la grabación.

Amy se miró las uñas. Se las había pintado especialmente para la reunión.

–Sabes que no es verdad, Phil.

–El monstruo del lago Ness tampoco. ¿Y en cuántos artículos ha salido?

–Ya. Vale.

Amy se levantó, pensando que archivarían la noticia al ver que daba risa.

–¿Y si es una pérdida de tiempo? –preguntó.

–No es ninguna pérdida de tiempo –contestó Phil.

Amy solo intuyó el porqué de la respuesta después de haberse ido: no era una pérdida de tiempo por tratarse de ella. No habían recurrido a nadie importante.



Lo que no había revelado Phil, ni se le había ocurrido preguntar a Amy, era cómo había llegado a *Nine Action News* algo sucedido tan lejos.

Fue por una carta que apareció misteriosamente en la mesa de Phil. No llevaba firma ni remite. Estaba impresa a doble espacio y solo decía lo siguiente:

Ha sido elegida una mujer. El don del cielo en la tierra. Será la mayor noticia del mundo. Coldwater, Michigan. Pregunten a un hombre de Dios. Una llamada lo confirmará todo.

Como director de informativos, Phil estaba acostumbrado a recibir cartas de locos, y solía ignorarlas, pero Alpena no era un mercado donde se pudiera descartar «la mayor noticia del mundo», y menos si podía reforzar los índices de audiencia de los que dependía su puesto de trabajo.

Consiguió, pues, una lista de las iglesias de Coldwater e hizo unas cuantas llamadas. En las primeras dos salió un contestador, pero al tercer intento, en la iglesia baptista de Cosecha de Esperanza se puso una secretaria, y Phil —«pregunten a un hombre de Dios»— pidió hablar con el párroco responsable.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó el pastor, sorprendido.



Hoy en día se nos puede localizar en cualquier sitio por teléfono: en el tren, en el coche, sonando en el bolsillo de los pantalones... El circuito lo une todo: ciudades, pueblos, aldeas y hasta tiendas beduinas. Actualmente, incluso los habitantes de los sitios más remotos del planeta pueden llevarse al oído un aparato y hablar.

Pero ¿y si no quieres que te encuentren?

Elias Rowe bajó por la escalera y recogió su portapapeles. Pronto el frío trasladaría las obras a los interiores. Aquella reforma era uno de los pocos encargos que le permitirían cobrar algo después de la llegada del invierno.

–El lunes podremos empezar a tabicar –dijo.

La dueña, una tal Josie, sacudió la cabeza.

–Viene mi familia a pasar el fin de semana. No se marcan hasta el lunes.

–Pues entonces el martes. Avisaré al que me hace los tabiques.

Elias sacó su móvil y se fijó en que Josie lo miraba atentamente.

–Elias... ¿De verdad que recibiste...? Ya me entiendes.

–No sé qué recibí, Josie.

Justo entonces vibró el teléfono. Se miraron. Elias se giró y se inclinó al contestar. Bajó la voz.

–¿Diga...? ¿Por qué me llama...? Pare. ¡No sé quién es, pero no me llame nunca más!

Pulsó con tal fuerza el botón de colgar que se le escapó el teléfono y se cayó al suelo. Josie miró las grandes manos de Elias.

Temblaban.



En Coldwater había cinco iglesias: una católica, otra metodista, otra baptista, otra protestante y otra multiconfesional. En vida del pastor Warren nunca se habían reunido las cinco.

Hasta entonces.

Si el domingo por la mañana no se hubiera puesto en pie Katherine Yellin, lo ocurrido en Coldwater podría

haber sido uno de tantos milagros que pasaban desapercibidos sin ser divulgados, entre susurros.

Sin embargo, una vez expuestos públicamente, los milagros cambian cosas. La gente hablaba del asunto, sobre todo en las iglesias. Por eso en el despacho de Warren estaban reunidos los cinco clérigos principales, a quienes servía café la secretaria de la iglesia, la señora Pulte. Warren observó sus caras. Como mínimo llevaba quince años al de mayor edad.

—¿Podría usted decirnos, pastor —empezó a preguntar el sacerdote católico, William Carroll, un hombre fornido con alzacuellos—, cuántas personas asistieron al servicio de aquel domingo?

—Unas cien —respondió Warren.

—¿Y cuántas oyeron el testimonio de la mujer?

—Todas.

—¿Pareció que se lo creyeran?

—Sí.

—¿Ella es propensa a las alucinaciones?

—No.

—¿Se medica?

—Creo que no.

—¿O sea, que es verdad? ¿Ha recibido algún tipo de llamada?

Warren sacudió la cabeza.

—No lo sé.

El pastor metodista se inclinó.

—Esta semana he recibido a siete personas, y todas me han preguntado si es posible ponerse en contacto con el cielo.

—Los míos —añadió el pastor protestante— me han preguntado por qué ha sido en la iglesia de Warren, y no en la nuestra.

–Los míos igual.

Al pasear la mirada por la mesa, Warren vio que todos los clérigos tenían la mano levantada.

–¿Y dice usted que la semana que viene mandarán a alguien de una cadena de televisión? –preguntó el padre Carroll.

–Es lo que ha dicho el productor –contestó Warren.

–Bueno. –El padre Carroll juntó las palmas–. La pregunta es cómo lo resolvemos.



Lo único que da más miedo que irse de un pueblo es no irse nunca. Fue lo que le dijo Sully a Giselle para explicarle por qué fue a la universidad en otro estado. Entonces creía que nunca volvería.

Pero ahí estaba, en Coldwater de nuevo. El viernes por la noche, después de dejar a Jules en casa de sus padres («esta noche lo cuidamos nosotros –le había dicho su madre–; tú descansa»), fue a un bar, el Pickles, donde había intentado entrar muchas veces con sus compañeros del instituto. Se sentó en un taburete de un rincón y pidió whisky y cerveza. Después de otras dos rondas pagó y salió a la calle.

Había dedicado los últimos tres días a buscar trabajo. Nada. La semana siguiente probaría en los pueblos de los alrededores. Se subió la cremallera de la chaqueta y caminó unos cuantas manzanas, dejando atrás innumerables bolsas de hojas secas y marrones que esperaban que las recogieran. Vio luces a lo lejos, y oyó el eco de una multitud. Como aún no quería volver a su casa caminó hasta llegar al campo de fútbol del instituto.

Jugaba su equipo, los Coldwater Hawks, con equipación roja y blanca. No parecía una temporada muy lucida.

Solo estaba ocupada una cuarta parte de las gradas, sobre todo por familias con niños que corrían arriba y abajo y padres que buscaban a sus hijos con prismáticos en plena melé.

En su adolescencia, Sully había jugado al fútbol. Entonces los Hawks no eran mejores. El instituto de Coldwater era más pequeño que sus rivales, y suerte tenía casi todos los años con juntar todo un equipo.

Se acercó a las tribunas y miró el marcador. Último cuarto. Perdía Coldwater por tres *touchdowns*. Metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de la chaqueta y miró el partido.

—¡Harding! —gritó alguien.

Se quedó de piedra. Atontado por el alcohol, no había tenido en cuenta las posibilidades de que lo reconociera alguien en su antiguo instituto, aunque hubieran pasado veinte años. Giró un poco la cabeza buscando entre el público sin que se le notara demasiado. Quizá se lo hubiera imaginado. Volvió a mirar el campo.

—¡Gerónimo! —gritó entre risas otra voz.

Sully tragó saliva. Esta vez no se giró. Estuvo cerca de un minuto sin mover ni un músculo. Después se fue.